

Evaristo Valle, poeta místico de Asturias

No hubo niebla en Londres hasta que Whistler la pintara, sentenció Oscar Wilde. Con esa misma “mímesis inversa” no existió el verde de Asturias hasta que Valle lo pintara

Luis MEANA

Nació este hijo de la luz en el recóndito pesebre que era Gijón. Y ese humilde pueblo, que, como él mismo escribió en infantil paleta, había sido elegido para su nacimiento sin su venia, recubrió amorosamente su cuna de paisajes verdes y turbulentos aires marinos, llenó sus ojos de colores intensos, grises tenues, árboles tornasolados, carnavaladas grotescas, gomosos, servidores turlatos y demás personajes mágicos, y con esa mezcolanza compendría el niño mucho más tarde su descabalada magia. Le regaló Gijón su milagro. Y el niño le devolvería a Gijón con sus prodigios, y tras una enrevesada relación amorosa con su humilde pesebre, sus mayores primores, una especie de poemas de amor en lienzo que no han tenido parangón, ni lo tendrán nunca, en esta tierra, sin menospreciar a nadie y menos que a nadie a Piñole. Gracias a la mano de ese niño angélico nuestro recóndito pesebre luce hoy sobre el lienzo como una copia del paraíso entre los frutos del bien y del mal, brisas marinas, nubes de algodón y campiñas verdes.

Pintor del alma de Asturias y de su espíritu

Esta alma abúlica, último ángel que pisó la Tierra, bajó a Gijón para elevar a Asturias al cielo de la pintura, lugar santo en el

que no había estado nunca. Jamás había tenido Gijón, en su eterna dolencia, un poeta como este que compusiera el gran poema de Asturias. Y nos regalara la esencia de su espíritu. Transformó sus pinceles en poesía haciendo con el color lo que nadie ha podido hacer, ni se hará nunca, con las palabras. Ni siquiera Clarín, su correspondencia literaria, y también gran pintor del alma de Asturias, llegó a tanto. En sus lienzos recogió Valle el alma sufrida, ensimismada, modesta, desfigurada y agotada de Asturias, cien años antes de que se agotara, y ahora nosotros, hijos de otra época, podemos adorarla cada día en esa especie de santo sudario que son sus obras, que recogen la esencia de lo que somos y de lo que seremos por los siglos de los siglos. Sentenció Oscar Wilde que no hubo niebla en Londres hasta que Whistler la pintara. Con la misma lógica de esa “mímesis inversa”, no existió el verde de Asturias hasta que Valle lo pintó. Si, como se dice tantas veces, un habla no es lengua hasta que queda fijada en una gramática, Valle es el gramático de la naturaleza de Asturias, de sus verdes, de sus lluvias, de sus nubes, de sus paraguas, de sus pescaderas, de sus corralas y de sus aldeas.

La epifanía de Asturias

Ningún ángel ni ninguna estrella anunciaron el advenimiento de este milagro, aunque alguna indicación de transcendencia dejó la divina providencia, sin que, como pasa casi siempre, se le diera importancia. Cuando tenía dos años, ese niño melancólico, al que su madre, gran amor de su vida, llamaba jocosamente el mayorazgo por su placentera vida diaria, dibujó espontánea y precozmente unos muñecos en los que su padre reconoció los dedos de las musas, es decir, la santa anunciación del arte, así que el bondadoso padre guardó en su billetera, y en ella los conservaría hasta el día de su muerte, aquellos



“Feria asturiana”. | Museo Evaristo Valle



“Mascarada marinera en Cimadevilla”. | Museo Evaristo Valle



“Vieja y niño”.
Colección Masaveu



Si un habla no es lengua hasta que queda fijada en una gramática, el pintor gijonés es el gramático de la naturaleza de Asturias, de sus verdes, de sus lluvias, de sus nubes, de sus paraguas, de sus pescaderas, de sus corralas y de sus aldeas

Jovellanos es el alma más heroica y más hermosa de la España moderna; Valle, la más hermosa de su pintura

dibujos como quien guarda un tesoro sin saber que en aquella crisálida de líneas dóciles e ingenuas se ocultaba la gran epifanía de Asturias, que es lo que el niño traía en sus manos, aunque, como ocurre tantas veces en el arte, ese gran tesoro tardaría muchos años en salir de su refugio y mostrarse ante los ojos atónitos de los hombres, es decir, de los pocos que entienden estas sofisticaciones.

Nació Evaristo Valle en Gijón, y, a pesar que dijera lo que dijo, nació aquí porque su espíritu no podía ser de ningún otro sitio, aunque vivió toda su vida en un limbo propio, cuyo espacio físico era su estudio y su lugar espiritual una nube. Fue un niño con una infancia feliz. Pero el niño tenía, y tuvo el adulto, una psicología de seda que se le desgarraba con cualquier peso. Era un ser angélico cuya bondad no tenía acomodo posible en este mundo. Cualquier sufrimiento le deshinchaba, las injusticias cotidianas le destrozaban, cualquier ambición le asustaba y el mundo en su crueldad le aterraba. Toda la existencia le parecía insegura, quebradiza, efímera y percedera. Todo en él era alma, un alma aprisionada contra su voluntad en el cuerpo. Como sugiere Lafuente Ferrari, fue una especie de santo. Si, según se afirmó acertadamente, Jovellanos es el alma más heroica y hermosa de la España moderna, Valle es el alma más hermosa de su pintura. Estaba hecho para la luz, y no para las sombras. Como Gijón, al que siempre llamó su pueblo, tenía una innata predisposición anímica a lo indolente, a lo destartado, a las ensoñaciones, lo íntimo y lo pequeño. En ese aire respiraba, mientras el gran mundo le asfixiaba. Ante el hosco rugido de los leones humanos se amedrentaba y quedaba como paralizado. De las muy diversas fuerzas psicológicas de las que disponen los seres humanos para reaccionar y revolverse, a él sólo le funcionaba la compasión y la misericordia. De esa forma desarrolló el niño, y más aún el adulto, un enfermizo amor al retraimiento y a la soledad y un terror psicológico a la vida, que le pareció siempre la cruel expulsión de una arcadia feliz de la que nos arrancan para dejarnos tirados en una selva: la supervivencia, una guerra cruenta ante la que él se sintió siempre indefenso.

La catedral del Arte o el reino de las formas

En la eterna lucha entre las dos grandes fuerzas de la vida –la realidad y el deseo– se le quebró al niño la psicología. Se refugió entonces en el reino celestial de las formas. Nada hacía mejor este niño, y lo haría aún mucho más el adulto, que esconderse y ocultarse: vivió en una especie de fuga perpetua durante toda su vida.

Sigue en la página anterior





“El péritu”. | Colección Masaveu

Evaristo Valle, poeta místico de Asturias

Viene de la última página

No encontró mejor exilio para sus miedos que el arte, iglesia catedral en la que quizá pensase que los despotismos sociales no valdrían ante las individualidades geniales y solitarias. Creencia falsa. Se recluyó en la pintura como quien se recluye en un convento y en ese enclaustramiento más o menos angustioso y resignado pasó prácticamente su vida. Si Jovellanos se entregó al sacerdocio de la política, Valle se entregó al sacerdocio del arte. En el reino espiritual de la pintura es como un naufrago agarrado a un pecio flotante, sus pinceles, que es llevado y traído por el tenebroso océano de la existencia, que ni le gusta ni entiende, obligado a una lucha, incierta y dudosa, primero con la vida —guerra que perdió—, y después con otra fuerza más silenciosa pero no menos titánica, el arte, batalla que tampoco sintió que hubiese ganado, lo que fue motivo de grandes depresiones, dudas e insatisfacciones. “¿Subiré a la gloria o al patíbulo?”, se preguntaba cada noche al ascender al pobre altillo donde dormía en su misérrimo estudio de París, adonde había llegado sin otro capital que unas ingenuas esperanzas juveniles.

Entre lo idílico y lo trágico

Su vida es una eterna melancolía, llena de privaciones, renuncias e historias angélicas, más bondadosas todavía que las del sufrido Jovellanos, a quien tanto recuerda, como él mismo pintó en un curioso y famoso autorretrato. Su melancolía es muy se-

mejante a la de Jovellanos, aunque la de éste era la resultante de los desengaños y traiciones sufridas en el proceloso mundo de la política, mientras la de Valle era congénita, de nacimiento, una especie de certeza genética absoluta sobre el disparate de la existencia.

Aunque pueden hacerse, y se han hecho, infinitas reflexiones sobre sus obras y su estilo pictórico, debate en el que no cabe entrar ahora, un detalle no debe olvidarse: su pintura es una profundísima contraposición entre lo idílico y lo trágico, contraposición que, de alguna manera, es la esencia de su vida y de su obra. La Naturaleza brilla en sus cuadros con una belleza, concordia y armonía idílicas, pero por debajo de esos paisajes paradisíacos resuena un clamor trágico contra la inmensa injusticia de la vida de esos seres deformados por el trabajo, los sufrimientos o el peso abrumador de la miseria: mujeres dobladas sobre la tierra ingrata, aldeanos devorados por la azada, pescadores deformados por las inclemencias de la mar, mineros, mendigos, niños indefensos. Valle es el pintor sagrado de la pobreza y de sus durísimas consecuencias.

Recogía compasivamente en sus lienzos las grandezas humanas que había debajo de esa miseria: “En las más abandonadas y pobres corralas de Asturias yo, en mis mejores días, vi el oro mismo de las coronas reales... Todo me gusta. Lo amo todo...”. Todo lo ve a través del velo de la más honda ternura, con un corazón ilimitadamente compasivo. Es un místico de la pintura como San Juan de la

“

Dice Lafuente Ferrari, a quien tanto debemos los asturianos: ‘... Amaba profundamente a Asturias, fuera de la que no sabía vivir; pero era, sobre todo, gijonés, y quería a su villa con identificación que le ligaba a ella por todos sus poros y con todos sus recuerdos, pero sufría a causa del ambiente utilitario, espeso y estrecho de Gijón y de su tiempo...’. De todos los tiempos, añadiría yo

Toda su pintura es un canto lírico y trágico contra el vacío del universo y el absurdo de la vida, que luce en sus cuadros como un inmenso y grotesco disparate. Lo carnavalesco que hay en él no es más que la manifestación consustancial del disparate de la vida

Cruz fue un místico de la poesía. Un pintor contemplativo que cantó a la “Asturias maravillada”. Los lienzos de Valle vienen a ser las “Sonatas” de Valle-Inclán de Asturias. No sólo por sus rasgos grotescos o esperpénticos, sino por el profundísimo lirismo de su poética de contradicciones. Toda su pintura es un canto lírico y trágico contra el vacío del universo y el absurdo de la vida, que luce en sus cuadros como un inmenso y grotesco disparate. Lo carnavalesco que hay en él no es más que la manifestación consustancial del disparate de la vida.

Sufrió Valle durante años de agorafobia, le aterraba pisar la calle o andar por la acera. Recorría Gijón, espantado, con su melena blanca, se pegaba a las paredes de los edificios como si fuera una sombra. Incluso la diminuta Plaza del Carmen se convertía para él, como confiesa en sus “Recuerdos”, en el inmenso Océano Pacífico, sin atreverse a cruzarla, con lo que enseguida volvía encogido a su cuarto. Todavía hoy, en alguna de esas noches de bruma que tiene el Cantábrico, se intuye su sombra espectral tratando de dar, amedrentado, unos pasos por la calle de Los Moros, retraído, tartamudo y silencioso. Conserva Gijón desde entonces el aura santa de sus cuadros que exhalan un oloroso incienso sagrado. De una forma especialmente única, Valle es el espíritu de Gijón. Y Asturias, el verde que inunda el espíritu de Valle. La ciudad y su más angélico ciudadano están unidos por un amor intenso y trágico como el de dos familiares que vivieron, incomprensiblemente, algo esquinados.

La Asturias autobiografiada: Clarín y Valle

Sus sobrios y extraordinarios apuntes autobiográficos —“Recuerdos de la vida del pintor”— son propiamente una autobiografía de Asturias. En ellos nos regala narraciones maravillosas: como el retrato conmovedor e insuperable que hace de Clarín, cuando éste, en la niñez del pintor, iba a comer en las fiestas de Carreño a la casa solariega de los parientes de Valle en la parroquia de Logrezana, y en aquellas largas sobremesas acontecían, año tras año, encendidas y apasionadas discusiones entre “el ateo” Clarín —al que, en la discusión, se le caían los lentes y perdía hasta los puños de la camisa— y los curas de la zona, a los que el escritor zahería diciéndoles cosas como “en latín les dejo a Uds. para septiembre” o que “se sentía entre ellos como en el Paraíso Terrenal”, comentario que tomaban como un sarcasmo y que desataba las iras de los curas; o la historia de su antigua vecina de Gijón, la bellísima Fidéla, a la que reencuentra, muchos años después, en los Jardines de Luxemburgo en París; o el dramático lío de la reparación del parche de las botas del despótico jefe del niño Valle en una oficina de Gijón, donde había empezado a trabajar por influencias familiares, y que demuestra la bondad y piedad del niño con el pobre zapatero remendón; o el encuentro místico de Va-

lle con la Naturaleza en una finca de Lloreda cuando el niño, subido a un tejado, descubre, absorto y maravillado, un árbol precioso y tornasolado y establece con ese tronco el diálogo de amor entre el pintor y lo pintado en el que, según Valle, consiste siempre la pintura.

Un gran amor mal correspondido

No fue su muerte mucho más consoladora que su vida. Sólo más rápida y puede que hasta más silenciosa. Muere prácticamente encerrado en su estudio en compañía del retrato de su madre y de la colección de caracolas de su padre. La más generosa y solemne despedida se la concedieron sus más fieles y duraderas compañeras, la humedad y la melancolía: la madre Naturaleza le regaló uno de esos días lluviosos de Asturias llenos de hermosísimos y románticos nubarrones. En su entierro no hubo prácticamente representación municipal, por más que la prensa lo fingiera, sólo un reducido grupo de familiares y amigos, profundamente afectados. Entre ellos Rubio Camín, quien, entre lágrimas, había dibujado un día antes al pintor en su féretro. Adeflor le dedicó un sentido y hermoso artículo de homenaje.

Hoy, tantos años después, está en nuestra memoria muy reconocido, pero silenciosamente ausente y casi olvidado. No es Gijón generoso con estos hijos delicados que viven en la silenciosa intimidad de sus adentros. Le gustan más los voceras, los populistas, fantasmones, listillos o babayos playos. Esa deficiencia la llevamos metida en el código de nuestras cegueras congénitas.

Concluye Lafuente Ferrari, a quien tanto le debe Valle y más todavía los asturianos: “... Amaba profundamente a Asturias, fuera de la que no sabía vivir; pero era, sobre todo, gijonés, y quería a su villa con identificación que le ligaba a ella por todos sus poros y con todos sus recuerdos, pero sufría a causa del ambiente utilitario, espeso y estrecho de Gijón y de su tiempo...”. De todos los tiempos, añadiría yo. Otro gran amor mal correspondido. Y así, mal correspondido, voló a la eternidad del Arte como una de aquellas gaviotas a las que miraba embelesado, dos días antes de morir, a través de los cristales de su cuarto. Si Clarín escribió la Asturias preindustrial, Valle pintó, con una modestia infinita, la Asturias semieterna.

